

canismos concretos que operan para oprimir a la mayoría llevaría a COPEI a una definición política. Definición que requerirá precisar los intereses en juego en la lucha por el poder, los medios concretos para socializar el poder y la riqueza y la precisión de los agentes sociales protagonistas de la nueva Venezuela. Así —y sólo así— se haría verdad histórica aquel párrafo que encabeza el primer programa copeyano: “COPEI lucha democráticamente por realizar los mejores anhelos de la Nación y satisfacer las necesidades de sus clases populares”.

Pienso que sin este esfuerzo COPEI podrá seguir siendo un partido electoral —quién sabe si incluso con más éxito a corto plazo— pero sus principios fundamentales se quedarán en meros instrumentos de manipulación ideológica pues prometen una liberación social que no se está dispuesto a implementar. No se trata de que los socialcristianos tengan que aceptar sin más los modelos sociales instaurados en los países donde los partidos comunistas son gobierno. A pesar de sus enormes logros, están a la vista sus limitaciones e incluso sus situaciones de opresión. Pero el análisis real de nuestra situación debería llevar a ahondar en las vetas que en la propia tradición socialcristiana apuntan tímidamente hacia una acción liberadora. Me refiero al comunitarismo que se levanta de cuando en cuando como bandera idealista e indeterminada. ¿No se podría precisar en concreto el modelo económico donde el trabajo colectivo gestionado y apropiado colectivamente tuviera un papel central junto con las empresas del estado? ¿Y las formas solidarias de organizar la sociedad y el poder?

Al cumplirse los treinta años uno desea que en COPEI se desate un verdadero período de análisis y búsqueda en plena libertad y armonía de la alternativa que van a ofrecer a la Venezuela de fines del siglo XX con el fin de lograr que el hombre y todos los hombres de Venezuela sean verdaderos soberanos de sus riquezas naturales y del fruto de su trabajo disfrutado en solidaridad y participación colectiva.

Tal vez el actual clima de aceptación del hecho casi evidente de la candidatura presidencial de Luis Herrera Campins permita cierta reconciliación interna. La concentración de todos los esfuerzos en el estudio de alternativas reales y en la comunicación de las mismas con toda la población permitiría terminar el año que iniciamos con una situación menos trágica y lamentable que la existente en vísperas de la Navidad de 1975. La creatividad en los partidos —sin ataduras paralizantes al pasado— puede contribuir a salvar a Venezuela y a los propios partidos. ●



¿Requiem por la Doctrina Social de la Iglesia?

EDUARDO J. ORTIZ

CRISIS DE UNA METODOLOGIA

Hoy la “doctrina social” de la Iglesia se encuentra en una crisis total e inevitable, que sólo podrá ser superada a través de una autocrítica valiente y sincera.

Es importante caer en la cuenta de que la crisis no afecta sólo a los contenidos, sino que alcanza también y sobre todo a los métodos por los que se ha llegado a construir todo un sistema, que hoy se nos presenta como trasnochado. Por eso es necesario abrir nuevos caminos. No se trata de una crisis de entusiasmo, que se arreglaría con slogans renovados o con una resurrección prometéica de la mística de equipo. Es algo más radical. Hay que preguntarse si las fuentes de las que tradicionalmente ha bebido la “doctrina social” cristiana siguen manando.

Fundamentalmente estas fuentes eran tres, mutuamente complementarias: el evangelio, las declaraciones del magisterio y la ley natural. En una época no muy lejana, su estudio ha servido al cristiano para encontrar una identidad y universalidad cuyo impacto ha sido históricamente innegable. ¿Pero es esto hoy suficiente? ¿Es ahí donde el cristiano puede encontrar ahora las soluciones que hagan presente al mundo la buena nueva de salvación?

Cualquier exegeta nos dirá que el evangelio, y la biblia en general, no contienen en lo político máximas intemporales de valor eterno, transplantables sin más a las situaciones actuales de la sociedad. La Biblia es más bien un testimonio histórico, de cómo diversas épocas y culturas han encontrado en el mismo Dios diversas respuestas a problemas diferentes. Por eso un cristiano no queda desorientado por las “contradicciones” de la Escritura, sino que ve en ellas la pedagogía de un Dios que respeta a su interlocutor, con sus limitaciones culturales, y le habla a través de sus propios esquemas de expresión. Esto, de paso, aclara el anacronismo de quienes buscan en el evangelio pronunciamientos sobre las revoluciones sociales de nuestro tiempo, como si Cristo pudiera hablar en el s.I con categorías socio-políticas que satisfagan a los análisis logrados tras miles de años de búsqueda.

Las limitaciones actuales del magisterio son de otra índole. Aquí no se trata de distancia de siglos, ya que éste sigue teniendo voz en nuestros días. En este caso la distancia se mide en kilómetros; es decir, no es posible pronunciar una única palabra para situaciones abigarradamente múltiples. Es el mismo magisterio quien lo reconoce.

“Frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal. No es ésta nuestra ambición, ni tampoco nuestra misión. Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia”. Pablo VI: “Octogesima Adveniens”, n. 4.

En otras palabras, el centro de gravedad se ha desplazado del centro a la periferia, y de la escucha a la inventiva. No se pide la aplicación de recetas cuidadosamente racionadas para hacer en todas partes el mismo pastel. Se necesitan cristianos imaginativos, más que corderos mansamente sumisos a la voz de su amo. Es más difícil ser fiel al espíritu que perfecto calquista de la letra, pero es esa fidelidad al Espíritu que “sopla donde quiere, pero no se sabe de dónde viene ni a dónde va” (Jn 3.8) la que permite al cristiano nacer de nuevo.



Pío XIII. Pío XI. Pío XII. Juan XXIII. Pablo VI.

Quedaría por fin la ley natural. . . pero hasta sus más fervientes defensores de hace unas décadas hoy la han abandonado. Basta hacer unos escarceos inquisitivos por los manuales de moral escritos en los últimos años. Tuvo sentido un tiempo como instrumento de diálogo con hombres que partían de presupuestos diferentes, pero sus principios estaban demasiado condicionados por la mentalidad de una cultura y un período histórico concreto, y han resultado mucho menos obvios y universales de lo que se creía. De todas formas, aun si se siguieran manteniendo, tropezarían con la misma dificultad que encuentra el magisterio. Difícilmente puede una ley universal y permanente ofrecer soluciones a los problemas locales de una época determinada.

Es la hora, por tanto, de aventurarse por caminos donde faltan huellas previas que guíen el rumbo de nuestras pisadas.

ESPERANZA DE UN MUNDO NUEVO

El hecho de que la Iglesia haya renunciado a presentar un esquema doctrinal compacto de alcance mundial, como alternativa a otros sistemas, no quiere decir que se haya declarado incapaz de ofrecer y proclamar una palabra universal de salvación. Muy al contrario; la renuncia a una actitud partidista exclusiva, le abre posibilidades de dirigirse "no sólo a los hijos de la Iglesia católica y a cuantos invocan a Cristo, sino a todos los hombres" (Concilio Vaticano II - Iglesia y mundo actual n. 2.)

A lo que sí ha renunciado, si es que alguna vez fue ésa su postura, es a dejar caer su "doctrina" desde arriba, como si proviniera de otro mundo inafectado por las sacudidas atmosféricas del presente. Ahora la Iglesia, en boca del Concilio, se sienta a la mesa como una más, y ofrece su punto de vista en el diálogo, convencida de que puede no ser más clarividente que otros organismos a la hora de ofrecer soluciones, pero cuenta con la fuerza y el consuelo de una presencia sobrehumana, empeñada en el reverdecer de una nueva ciudad, donde "ya no habrá muerte, ni llanto, ni dolor" (Ap 21.4).

"En nuestros días el género humano se formula con frecuencia preguntas angustiosas sobre la evolución presente del mundo, sobre el puesto y la misión del hombre en el universo, sobre el sentido de sus esfuerzos in-

dividuales y colectivos, sobre el destino último de las cosas y de la humanidad. El Concilio testigo y expositor de la fe de todo el Pueblo de Dios congregado por Cristo, no puede dar prueba de mayor solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana que la de dialogar con ella acerca de todos estos problemas, aclarándoselos a la luz del evangelio, y poner a disposición del género humano el poder salvador que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su Fundador" (Iglesia y Mundo Moderno n. 3).

Es por esto por lo que hablábamos antes de una nueva metodología. Dialogar significa en primer lugar dejar que hablen los demás, no sólo las personas, sino antes que todo las situaciones. Dejarse interpelar por los gozos, angustias y esperanzas de aquellos con los que uno se quiere salvar.

Este diálogo es difícil porque no basta tener los ojos y oídos bien abiertos. Hace falta además contar con instrumentos de análisis que me permitan interpretar los mecanismos que han creado y mantienen la situación actual, tan lejana de... si no contraria a la salvación evangélica. Y hace falta lucidez y coraje para no escamotear caminos que, como humanos, pueden parecer nebulosos y ambiguos, pero que a menudo parecen ser los únicos. Es aquí donde el cristiano titubea hoy más a menudo. Acostumbrado a la seguridad inquebrantable de consignas universales y absolutas, se siente desguarnecido en el terreno de las decisiones tácticas. Sus opciones despiertan con frecuencia oposición y división aun entre los suyos. ¿Pero ha sido posible alguna vez ser cristiano sin asumir el conflicto dentro y fuera de uno mismo?

El diálogo requiere no sólo escuchar, sino también aportar algo, y algo que sea significativo. No basta que yo crea importante lo que digo; es necesario además que mi interlocutor lo perciba como tal. Esta interpelación desde fuera está obligando al cristiano a desechar muchos "clichés" inservibles, y no le está siendo fácil sustituirlos. Los centenares de libros y artículos dedicados a este tema lo atestiguan: ¿cuál es el aporte del cristianismo en el diálogo socio-político de nuestros días?

Existen con todo algunos acuerdos fundamentales cada vez más activos. Hay

una esperanza inquebrantable en que Dios ha apoyado su mano en el platillo de los desposeídos para declararlos dichosos, encarnándose él mismo en pobreza. Esta convicción vivida desata hoy persecuciones tan cruentas y refinadas como las de otros siglos. Se lucha para que el hombre sea la meta y criterio de todo crecimiento económico. Se busca recobrar el don de la libertad, con posibilidades auténticas de que cada uno elija su propio destino. Se vuelve a la tierra y a la historia, como el lugar donde el presente se juega el futuro del proyecto de Dios sobre los hombres. Se cree, en fin, en una fuerza sobrehumana que no es mera espectadora de las luchas de los hombres, sino que toma parte en ellas; para el hombre quedan abiertas dos posibilidades: apoyarla o resistirla.

Aquí, en la concepción de la historia como lucha, viene otro problema. La Iglesia, que en su ascética ha empleado con generosidad un lenguaje guerrero, tiembla cuando alguien traslada ese lenguaje hacia afuera. Sin embargo, la historia del mundo ha progresado movida por la rivalidad tanto o más que por un espíritu de concordia. Los polos de esta rivalidad han coincidido a menudo con los distintos estratos socio-económicos de la sociedad. Y la Iglesia, como grupo, ha sido acusada una y otra vez de haberse colocado casi siempre, consciente o inconscientemente, del lado de los poderosos. Al negar el derecho a los oprimidos para rebelarse ha consagrado el orden existente, o al menos lo ha dejado a la merced de acaparadores a los que se sigue predicando, inútilmente, desprendimiento y justicia. En la historia de nuestro continente esto resulta dolorosamente patente desde la colonia, pasando por las guerras de independencia y continuándose hasta nuestros días. Ahora que la Iglesia ha proclamado a voz en grito que esto no puede seguir así (piénsese en las conclusiones de Medellín, y en los documentos que de acuerdo con su espíritu han firmado varios episcopados nacionales) resulta difícil inventar actitudes nuevas, sobre todo si se tiene en cuenta que varios de los portavoces laicos de nuestro cristianismo, como consecuencia natural de la política eclesiástica pasada, son miembros de la oligarquía a la que ahora se combate.

Concluyamos. Puede ser que haya que entonar un "requiem" por la "doctrina social" cristiana, pero ésa será sólo la primera parte de un "alleluya" a un compromiso que resucita transformado. Hoy el cristiano se siente empujado de modo nuevo e ineludiblemente a dar una expresión política a su esperanza en la salvación. Es la hora de convertirse en profundidad a una nueva visión del presente, que nos abra el camino hacia el futuro prometido.